



Desde finales del siglo XV se desarrolla y difunde el grabado por toda Europa. La técnica supuso una revolución no solo para el arte sino también para la sociedad moderna, tanto como lo fuera posteriormente la fotografía a finales del siglo XIX. Este éxito se debe primordialmente a su economía y fácil difusión, lo que contribuyó a forjar un creciente interés por el arte entre las clases populares, así como la progresiva configuración de toda una cultura visual que alcanza su cénit en el siglo XX.

Efectivamente, la función primordial de la estampa fue la transmisión de imágenes y modelos icónicos, muy especialmente para la divulgación de valores devocionales. Es durante el Barroco cuando cobra mayor importancia ya que actúa como objeto de propaganda de nuevos cultos y como difusor de la magnificencia de las instituciones que los promueven. Hemos de tener en cuenta que tras el Concilio de Trento, la Iglesia divulgará nuevos cultos como el de la Inmaculada, el Sagrado Corazón de Jesús y María, o vidas de santos, recientemente canonizados.

En el caso de esta estampa en seda, está realizada a la talla dulce, con buril. La técnica surge en los talleres de los plateros italianos en el siglo XV puesto que es la misma que realizaban comúnmente estos artesanos, es decir, abrir finos surcos sobre una lámina metálica por medio de un afilado buril. Posteriormente dicha lámina se entintaba y estampaba generalmente, sobre papel, constituyendo la seda un caso excepcional. Este soporte era una materia muy costosa, siendo limitado su uso, incluso en el siglo XIX, cuando en su fabricación empiezan a intervenir materias artificiales. El elevado coste de esta obra nos habla entonces de la importancia social de la persona que realiza el encargo, Doña M^a Josefa del Carmen Zúñiga Belasco Pacheco y Pimentel Marchionisa de la Bañeza, en el año 1784. Habitualmente los encargos los hacían los centros religiosos y los ayuntamientos, y otras veces, como en este caso, un devoto como la marquesa de La Bañeza, cuyo nombre aparece de forma explícita en la obra. La estampa en sí podría tener la doble función de vehículo de devoción y también propagadora de un nuevo culto, ya que San Pedro Regalado fue canonizado en 1746 por Benedicto XIV, y declarado ese mismo año patrono de Valladolid y de su diócesis. San Pedro Regalado (1390-1456) fue un reformador de la orden franciscana. La imagen principal del santo, sujeta por dos ángeles que parecen subirle al cielo donde le espera la Virgen, aparece metida en una orla barroca adornada con frutos y mascarones. Por debajo, una cartela nos cuenta quién fue este personaje. En la parte inferior de la estampa aparecen otras dos rocallas con los milagros más famosos de su vida, los cuales se han empleado para la configuración de su iconografía, y por tanto, para la difusión de su devoción. En el de la derecha nos cuenta que el día de la Anunciación el santo sintió gran deseo de rezar a la Virgen en el convento de La Aguilera (a 80 km de donde él residía). Al instante, se le aparecieron dos ángeles que le transportaron por los aires en brazos, guiados por una estrella que representaba a la Madre del Cielo. A la izquierda, aparece un milagro acontecido después de muerto el santo: un pobre se quejó de su necesidad ante el sepulcro de San Pedro Regalado y éste se incorporó y le dio un pan.

En resumen, la estampa es un objeto que podemos abordar desde distintos puntos: técnica, soporte y tema, convirtiéndose por tanto, en un documento tanto histórico como artístico.